



Comunicación y violencia(s). Intersubjetividad, medios y emociones en el abordaje de la relación entre comunicación, violencia y vida cotidiana

Communication and Violence(s): Intersubjectivity, media, and emotions in addressing the relationship between communication, violence, and everyday life

Marta Rizo



Marta Rizo

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

México

<https://orcid.org/0000-0003-3066-1419>

marta.rizo@uacm.edu.mx

Cómo citar este artículo

Rizo, M. (2025). Comunicación y violencia(s). Intersubjetividad, medios y emociones en el abordaje de la relación entre comunicación, violencia y vida cotidiana. *Revista Panamericana de Comunicación*, 7(2), 3499. <https://doi.org/10.21555/rpc.v7i1.3499>

Recibido: 02 - 07 - 2025

Aceptado: 13 - 08 - 2025

Publicado en línea: 20-08-2025

Resumen

El ensayo reflexiona sobre la violencia en la vida cotidiana situando la comunicación, mediática e interpersonal, en el centro del análisis. La comunicación se presenta simultáneamente como proceso debilitado por la violencia y con potencial facilitador para resolver los problemas que esta genera. Aunque la investigación sobre medios de comunicación y violencia cuenta con una larga trayectoria en el ámbito académico, son menos frecuentes los estudios sobre la comunicación interpersonal cotidiana y su papel en la reproducción o erradicación de violencia. Entre las preguntas que guían el texto destacan: ¿hasta qué punto la violencia estructural del entorno debilita la comunicación entre las personas? ¿Cómo la violencia mediática incide en nuestra comunicación diaria? ¿De qué manera estas formas de violencia modifican conductas y obstaculizan la capacidad de comunicarnos de forma sana y efectiva? El trabajo busca aportar al debate sobre la relación entre comunicación y violencia en la vida cotidiana, integrando perspectivas de la sociofenomenología, la sociología de las emociones y el Giro Afectivo en ciencias sociales. Sin ofrecer conclusiones cerradas, se señala que, en las manifestaciones cotidianas de la violencia, la comunicación es simultáneamente canal, medio y producto: actúa como vehículo de reproducción de la violencia y como mecanismo de normalización de emociones negativas —como el miedo o el odio— derivadas de las violencias experimentadas. Esta doble condición convierte a la comunicación en un elemento clave para comprender cómo la violencia se inserta, se perpetúa y puede ser desafiada en la vida diaria.



Keywords: Comunicación interpersonal; Medios de comunicación; Violencia; Intersubjetividad; Emociones; Vida cotidiana.

Abstract

This essay reflects on violence in everyday life, focusing on both media and interpersonal communication. It presents communication simultaneously as a process weakened by violence and as a potential means of addressing the problems it generates. Although research on media and violence has a long-standing presence in academia, studies on everyday interpersonal communication and its role in reproducing or eradicating violence are less common. The text is guided by the following questions: To what extent does structural violence in our environment hinder communication? How does media violence affect our daily communication? How do these forms of violence alter behaviours and hinder our ability to communicate healthily and effectively? This work aims to contribute to the debate on the relationship between communication and violence in everyday life by incorporating perspectives from socio-phenomenology, the sociology of emotions and the affective turn in the social sciences. While not offering definitive conclusions, the text notes that communication simultaneously acts as a channel, a medium and a product in the daily manifestations of violence. It functions as a vehicle for the reproduction of violence and as a mechanism for normalising negative emotions, such as fear or hatred, resulting from experienced violence. This dual condition makes communication a key element in understanding how violence becomes embedded and perpetuated in daily life, and how it can be challenged.

Keywords: Communication, Violence, Intersubjectivity; Emotions; Everyday life.

1. Introducción. Violencias cotidianas

La violencia toca las vidas de todos y todas. Directa o indirectamente, ahí está, la experimentamos, la percibimos más cerca o más lejos, pero no nos es ajena. Hace casi dos décadas, la antropóloga mexicana Rossana Reguillo afirmaba que “estamos desnudos ante las violencias, abiertos a la ira engendrada por el miedo, en una cultura de la sospecha en donde todos somos potencialmente sospechosos de ser sospechosos” (Reguillo, 1996, p. 25). Hoy, el panorama de la violencia, tanto en términos de datos como de percepción social, se sigue presentando con fuerza en México y en el escenario internacional.

Como fenómeno social, la violencia ha interesado de manera constante a distintas disciplinas. Coyunturalmente, la atención académica a la violencia se ha intensificado, algo que en México observamos sobre todo en las últimas décadas. Sin duda, sistematizar las escenas de violencia cotidiana a las que se enfrenta diariamente una persona en México es una empresa inalcanzable. Pero seguramente todos somos capaces de ejemplificar situaciones violentas con las que nos topamos cotidianamente; situaciones que podemos vivir de manera directa, o a las que accedemos a través de la observación de estas, en el espacio público o en los medios de comunicación, tanto tradicionales como digitales. En conversaciones cotidianas es frecuente escuchar referencias a la militarización del país, la violación de mujeres, los feminicidios, el maltrato infantil, la trata de mujeres y niñas, las fosas de cadáveres, los retenes en carreteras de algunos estados de la República, las peleas en el entorno laboral, el uso cotidiano de armas de fuego, la frustración que genera el exceso de tráfico vehicular, los conflictos bélicos en otros continentes, el maltrato sistemático a las poblaciones de migrantes, el bullying en las escuelas o las balaceras en el barrio. El anterior no es un recuento exhaustivo, sino más bien un botón

de muestra de la naturaleza cotidiana –y naturalizada– de la violencia en México. Violencia que, bajo otras formas, modalidades e intensidades, se presenta a lo largo y ancho del planeta.

¿Es la comunicación un elemento determinante en dichas escenas cotidianas? ¿Puede la comunicación, más que fortalecer y promover la violencia, combatirla? ¿Qué papel juegan los medios de comunicación en la percepción social de las violencias? ¿Puede la comunicación interpersonal aportar algo para mejorar los entornos violentos a los que nos hemos, desafortunadamente, acostumbrado?

Este ensayo presenta algunas reflexiones en torno a la violencia en la vida cotidiana. La comunicación está en el centro de la reflexión. Aparece, simultáneamente, como proceso debilitado por la violencia y como potencial facilitador de la resolución de los problemas generados por la violencia. Así, en estas páginas la comunicación se concibe como proceso afectado por las situaciones de violencia cotidiana, y simultáneamente como motor de cambio, como facilitadora de modificaciones de las actitudes con las que se hace frente a las mismas situaciones de violencia.

La relación entre comunicación y violencia ha sido ampliamente abordada a lo largo de la historia del pensamiento comunicacional. Fueron muchas las investigaciones que, desde enfoques conductistas como la teoría de la aguja hipodérmica o desde investigaciones psicológicas experimentales, señalaron relaciones causales entre el consumo de medios de comunicación y los comportamientos violentos de las audiencias. Tiempo después, estas hipótesis de causalidad se discutieron y en cierto modo fueron superadas:

Desde el punto de vista de las ciencias humanas y sociales, resulta muy difícil poder establecer relaciones exactas de causalidad lineal y unívoca (...) no ha sido posible demostrar que un determinado acto violento sea consecuencia directa de la exhibición de otro acto violento (Quesada, 2000, p. 3).

Con la evolución de la investigación en ciencias sociales y específicamente en comunicación, varias décadas después, la mayoría de las investigaciones sobre el tema analizan, por un lado, la representación y el tratamiento de la violencia en los medios de comunicación, y por el otro, el papel de éstos tanto en la apropiación de comportamientos violentos por parte de los receptores como en su potencial como impulsores de un cambio. Así mismo, es indispensable considerar que el actual escenario mediático, más dominado por las tecnologías digitales y las diversas formas de comunicación que de ellas han emanado, genera modos de representar, percibir y experimentar la violencia distintos a los favorecidos por los medios tradicionales.

Aunque el desarrollo de investigaciones sobre medios y violencia es extenso y tiene una larga trayectoria, no se puede obviar que son muchas menos las investigaciones y reflexiones sobre la comunicación cotidiana y su papel en la reproducción de patrones de comportamientos violentos y la erradicación de éstos. Y tampoco son muchos los trabajos que apuntan a considerar a la comunicación como víctima y simultáneamente “salvadora” de la violencia cotidiana. Desde este punto de vista, vale la pena plantear preguntas como las siguientes: ¿Puede la comunicación ser una herramienta para solucionar los problemas de violencia a los que nos enfrentamos en nuestra experiencia cotidiana? ¿Hasta qué punto la violencia estructural del entorno debilita la comunicación entre las personas?

La vida cotidiana no puede comprenderse hoy sin la mediatización de la violencia a la que estamos sujetos. Entendemos la mediatización como el proceso mediante el cual los medios de comunicación influyen en otros sectores de la sociedad como la política, la economía, la cultura, el deporte, la educación y el entretenimiento, entre otros. Esta noción refiere a un proceso de larga duración más allá de un contexto social específico, donde las instituciones sociales y culturales, las relaciones y modos de interacción han ido cambiando a partir de la modificación y

generalización de medios de comunicación e información (Hjarvard, 2016). La modificación en los modos de relación e interacción incluye tanto la reproducción de formas de violencia, mediática e interpersonal, como la generación o proliferación de nuevas violencias.

En sus múltiples formas y expresiones, la violencia se erige en muchos casos como un obstáculo para que existan formas de comunicación sanas, basadas en el respeto, la puesta en común y el vínculo horizontal. Entendemos que el miedo social producto de la violencia estructural debilita la capacidad comunicativa que tenemos como sociedad. Aunque es una emoción que puede entenderse desde su dimensión biológica, inherente a los seres humanos, interesa aquí un acercamiento social al miedo. Desde esta mirada, el miedo ha sido señalado como un síntoma básico del mundo contemporáneo vinculado a la incertidumbre que caracteriza la vida cotidiana de las personas (Bauman, 2003). Por otra parte, el miedo no está desvinculado de lo político, pues se erige en muchas ocasiones como un obstáculo para la acción y para la posibilidad de estar juntos (Arendt, 1987). En un sentido similar, aunque más centrado en lo corporal y lo emocional, Ahmed (2015) reflexiona sobre la política cultural de las emociones y sobre la construcción del miedo, y advierte que el miedo restringe el movimiento de los cuerpos, pues se construye a partir de cómo se regulariza el movimiento de ciertos cuerpos, los amenazados, y la capacidad de agencia de otros cuerpos, quienes amenazan o quienes ejercen la violencia.

Como afirman Olvera y Sabido (2007, p. 120), “uno de los rasgos más recurrentes de la experiencia social e individual en las modernas sociedades contemporáneas es el incremento de la percepción de miedo”. Estas autoras abordan el tema del miedo –la emoción más vinculada a la violencia– a partir de dos concepciones fundamentales: por una parte, comprenden que existen “miedos vinculados con el entorno social en su sentido más amplio: los lugares, los horarios, la ciudad, la delincuencia, la policía, el desempleo, la violencia física, los efectos no deseados de la migración, y que están en el centro de la agenda política bajo el rubro inseguridad” (Olvera y Sabido, 2007, p. 122), y por otra parte, lo observan y conceptualizan como un “conjunto de sentimientos sociales, de temores y ansiedades que se ubican no tanto en un entorno sistémico sino en los modos de representación del cuerpo, la identidad, la intimidad o la ubicación en la cadena intergeneracional” (Olvera y Sabido, 2007, p. 122). En ambos casos, el miedo se erige como una de las emociones sociales más instaladas en nuestros entornos próximos, y no puede comprenderse sin la mediatización de la violencia que se experimenta cotidianamente en dichos entornos.

Es más que común encontrarnos con personas que afirman tener miedo y desconfiar *a priori* de cualquier desconocido; se trata de un miedo al otro y a la otra con quienes nos cruzamos en el espacio público. Quizás es un miedo justificado, pues quienes lo sufren afirman que más vale estar prevenidos y desconfiar porque nunca se sabe con quién se puede uno topar en la calle. Prevenir es un arma de defensa social habitual, máxime en entornos como el que se vive en México, pero también en otras latitudes internacionales. Sin embargo, el miedo y la prevención, en exceso, debilitan y ponen en peligro las relaciones comunicativas cotidianas que debieran primar en el espacio público. Mirar la violencia requiere, entonces, poner atención no sólo en las emociones que de ellas se derivan, sino sobre todo en los modos como esta violencia –a menudo mediatizada– se reproduce en las interacciones personales que marcan nuestra cotidianeidad.

2. Discusión. La comunicación y sus múltiples relaciones con la violencia

La violencia es un fenómeno multidimensional; se presenta en la vida cotidiana bajo múltiples formas, tiene causas muy variadas y provoca efectos también diversos. Se trata de “una nota específicamente humana que suele traducirse en acciones intencionales o amenazas de acción,

que tienden a causar daño físico a otros seres vivos” (Quesada, 2000, p. 1). En este apartado presentamos algunas reflexiones sobre la naturalización de la violencia mediática y sobre la presencia de la violencia en la vida cotidiana, con énfasis en sus afectaciones a los modos de socialidad y, en general, a las relaciones interpersonales. Aunque en última instancia se plantea una mirada más centrada en lo interpersonal, en las sociedades actuales se torna indispensable mirar la violencia también en su dimensión mediatizada. Puede incluso considerarse que lo mediático y lo interpersonal generan un *continuum* en lo que a las vivencias y experiencias de las violencias cotidianas se refiere.

2.1. Violencia mediatizada-naturalizada

La violencia puede ser física, psico-emocional, económica, laboral, machista, homofóbica, xenófoba. Bajo estas formas, entre otras, la violencia es real, aparece de forma obscena y encarnada en múltiples situaciones que vemos y/o vivimos. Pero también es violencia simbólica. Como afirmara Bourdieu (1999, p. 173), “la violencia simbólica es esa violencia que arranca sumisiones que ni siquiera se perciben como tales apoyándose en unas expectativas colectivas, en unas creencias socialmente inculcadas”.

A propósito de la violencia simbólica, cabe considerar que ésta

Se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone, para imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural (Bourdieu, 2000, p. 51).

Lo anterior da cuenta de la naturalización de la violencia, de la normalización y naturalización con la que vivimos la violencia. En todos los casos, la violencia se interpreta sobre la base de los contextos en los que tiene lugar; estos contextos no son solo escenarios de la violencia, sino que en muchas ocasiones son sus fuentes principales.

Los medios de comunicación, tanto los tradicionales como los sociodigitales más predominantes en la ecología mediática actual, son uno de los principales transmisores de violencia hoy en día:

El medio social es violento porque soporta guerras, accidentes mortales, atentados terroristas y acciones criminales de todo tipo; pero también lo es porque exhibe y fomenta sin ningún poder entretenimientos en masa, macro-concursos, conciertos de música y un sinnúmero de espectáculos públicos que incluyen en su representación escenas violentas que no tienen una lógica justificación (Quesada, 2000, p. 1).

Es a través de los medios que muchos ciudadanos presencian hechos violentos que, sin duda, afectan a la percepción de las propias situaciones de violencia cotidiana que estos ciudadanos saben que pueden vivir en cualquier momento. Se puede afirmar que los medios son en muchas ocasiones causantes o al menos coadyuvantes del entorno social violento que vivimos. Tampoco hay duda de que la violencia se ha convertido, desde hace décadas, en un producto de mercado muy rentable, esto es, fácilmente vendible a través de los medios de comunicación:

Las violencias, en sus diversas manifestaciones, también venden. La espectacularización de lo real, la banalización del drama humano tiene cuando menos dos repercusiones: de un lado, la inmunidad, es decir, la pérdida

de la capacidad de indignación y asombro; de otro lado, la atenuación, es decir la no implicación en los asuntos públicos porque el ejercicio ritual de asistir a esa violencia espectacularizada, exime de cualquier compromiso (Reguillo, 1996, p. 28).

En otros términos, en tanto que espectadores de la violencia, parece que nos podemos desentender de la violencia real a la que estamos sujetos, como si esta fuera algo que les pasa a otros y que a nosotros no nos va a afectar. Nada más alejado de la realidad. Ser espectadores de la violencia, normalizarla y naturalizarla, hace que modifiquemos algunos hábitos, condiciona nuestro actuar en el mundo de la vida cotidiana, nos genera miedo (consciente o no) y, muy a menudo, nos impide fortalecer los vínculos de confianza requeridos para una comunicación intersubjetiva e interpersonal sana. O puede ser que esta exposición a mensajes violentos genere, por el contrario, menos sensibilidad; así lo explica Dammert (2005, p. 55), quien entiende que en muchos casos la sobreexposición a los actos violentos que transmiten los medios comporta que las personas se desensibilicen ante este tipo de hechos. La autora afirma que la acción de los medios en la reproducción de actos violentos puede tener, de hecho, tres efectos: el acostumbamiento —que referiría a la desensibilización mencionada—, la repetición —vinculada con la función de los medios en la difusión de conductas violentas— y el temor —comprendido como la percepción de peligro social por parte de las personas— (Dammert, 2005, p. 55). No queda duda, entonces, que los medios de comunicación pueden ser vistos como vehículos para fomentar la cultura del miedo.

Los indicadores cuantitativos¹ de las violencias cotidianas son cifras que nos abruma², pero estos “indicadores no recogen sin embargo la magnitud de la angustia, el tamaño del miedo y las consecuencias múltiples que repercuten en las formas de socialidad y modifican los escenarios que habitamos” (Reguillo, 1996, p. 28). A la larga parecen ser más los efectos de las percepciones cualitativas de la violencia cotidiana que los propios hechos cuantificados, generalmente a través de los medios de comunicación³. Los datos son duros por sí mismos, pero lo que esos datos generan en quienes los experimentan en su propia piel, por un lado, y en quienes los consumen y son afectados por la crueldad de las imágenes y por el miedo derivado de los hechos narrados, por el otro, son inconmensurables, y en ocasiones no hay suficientes palabras para expresar lo que esos hechos provocan en la población.

Por ello, es importante considerar que la violencia no sólo adquiere su significado en los hechos o sucesos que podemos ver, cuantificar y fácilmente ubicar en un momento y espacio determinados; la violencia se significa, sobre todo, a partir de juicios y percepciones subjetivas, tales como el odio, el prejuicio, el dolor y el sufrimiento, entre otros. Rossana Reguillo (1996) propone dos categorías para pensar el impacto que tienen las violencias en la configuración de las ciudades y en la vida urbana contemporánea: la confiabilidad y la vulnerabilidad. La

1 Nos referimos a los indicadores cuantitativos en el sentido que la investigación sobre la violencia en los medios de comunicación busca, ante todo, “identificar, clasificar y computar los actos violentos generalmente mostrados en las pantallas de televisión, los antecedentes y consecuencias de los actos violentos, las características de los agresores y agredidos, el tono narrativo y la exhibición de la violencia (...) se evidencia que el modo de presentar la violencia en los medios genera la sensación de impunidad, de omnipresencia y de inevitabilidad” (Ceballos, 2008, p. 270).

2 Al escribir estas páginas, la autora piensa inevitablemente en los hallazgos en Teuchitlán (Jalisco) en marzo de 2025, donde ya se han encontrado más de 1300 objetos en el centro de exterminio -tres crematorios clandestinos creados, supuestamente, para incinerar a víctimas- en Rancho Izaguirre. Estos datos visibilizan la crueldad, lo macabro de los hallazgos, y los medios no sólo transmiten lo relativo a los hallazgos mismos, sino que también difunden la dimensión social-afectiva de los hechos, haciendo eco de la labor de madres buscadoras de desaparecidos en el país.

3 Como botón de muestra, los siguientes datos: desde 2017, cada año se registran en México más de 40.000 homicidios. En 2024 se reportaron 43.118, lo que representa un aumento del 2,6% respecto al monto del año anterior. Datos obtenidos de Statista.com, disponibles en <https://es.statista.com/estadisticas/1337034/mexico-numero-de-homicidios/>

violencia, siempre múltiple y ubicua, disminuye la sensación de confianza y aumenta nuestra vulnerabilidad como ciudadanos, a todos los niveles, en nuestro uso del espacio público, pero también en cómo vivimos nuestros espacios privados. Nos hace más débiles ante los otros, y a la vez debilita nuestra relación con quienes compartimos el mundo de la vida cotidiana.

La violencia transmitida por los medios se nos presenta como algo inevitable, y en este sentido, y muchas veces no nos vemos del todo involucrados en los hechos, lo cual aumenta nuestra sensación de inmunidad y, a su vez, hace que de alguna manera legitimemos los actos violentos, o al menos, que no los suframos tanto:

En el tema de la violencia en los medios, se apuesta por una de estas tres hipótesis: los contenidos violentos tienen un papel catártico, producen un aumento de los comportamientos violentos o, con la sobrerrepresentación de la violencia, se refuerza el orden social (Ceballos, 2008, pp. 270-271).

Por todo lo anterior, es inevitable pensar de forma vinculada la violencia representada en los medios y la violencia experimentada en nuestras vidas cotidianas. Una alimenta a las otras, y la sensación de estar viviendo en espacios violentos, sin duda, incrementa cuando son más -en cantidad y en crueldad- los hechos violentos que suceden a nuestro alrededor y que los medios difunden a través de múltiples formatos:

Si los medios multiplican las experiencias asociadas con el miedo, terminan por integrarlas a la vida cotidiana, pues no sólo son difusores, también son amplificadores de los temas sociales y políticos, porque los sitúan y contextualizan, los explican y los juzgan; ofrecen un ámbito de reconocimiento o desaprobación de la existencia cotidiana a través de los dispositivos de ocio dirigido (Ceballos, 2008, p. 271).

Defendemos, entonces, que violencia mediática y violencia social cotidiana son necesariamente procesos vinculados. Ahora bien, ¿cómo la violencia mediatizada afecta a nuestra comunicación cotidiana? ¿Cómo esta violencia genera cambios de comportamiento en nuestro actuar cotidiano que obstaculizan nuestra capacidad de comunicarnos de forma sana y efectiva con los otros?

2.2. Socialidad, violencia y vida cotidiana

La vida cotidiana, la vida construida intersubjetivamente a partir de la producción colectiva de significados⁴, está marcada por las diversas formas de violencia. El término violencia designa “comportamientos, situaciones, efectos de comportamientos y sensaciones que se viven, y en ese sentido es una noción plena de significaciones variables” (Hernández, 2002: 59). La violencia se verifica, ante todo, en el marco de las relaciones interpersonales, de modo que las diferentes comunidades humanas de las que formamos parte constituyen un entorno simbólico y un territorio fundamental para estudiar la violencia.

Es en las comunidades humanas, en nuestros entornos más próximos, donde verificamos constantemente las formas de expresión de la violencia cuyos resultados apuntan a la destrucción, o al menos al empobrecimiento, de los vínculos sociales. Coincidimos con que “la capacidad de manejar los conflictos se relaciona también con la calidad de nuestras relaciones interper-

4 Para la fenomenología social, el mundo de la vida cotidiana es el “ámbito de la realidad en el cual el hombre participa continuamente en formas que son, al mismo tiempo, inevitables y pautadas. El mundo de la vida cotidiana es la región de la realidad en que el hombre puede intervenir y que puede modificar mientras opera en ella mediante su organismo animado (...) Además, sólo dentro de este ámbito podemos ser comprendidos por nuestros semejantes, y sólo en él podemos actuar junto con ellos. Únicamente en el mundo de la vida cotidiana puede constituirse un mundo circundante, común y comunicativo” (Schütz y Luckmann, 1977, p. 25).

sonales” (Castillo-Rocha y Montero-Mendoza, 2020, p. 259). La relación entre violencia y descomposición de los vínculos sociales se plasma también en la siguiente afirmación:

El drama social eternamente representado se complejiza hoy día por la emergencia de nuevos fantasmas y demonios. Del narcotráfico al sida, de la violencia de Estado a la violencia callejera, pasando por la pobreza, la exclusión, la intolerancia. Las violencias se diversifican, alimentándose a sí mismas del miedo, la incertidumbre, la desesperanza y especialmente, la disolución del vínculo social (Reguillo, 1996, p. 24).

Esta disolución no es otra cosa que la ruptura u obstaculización de la comunicación cotidiana. Las violencias, desde esta mirada, se instituyen como un muro difícil de traspasar, como una fuerza que fragmenta e impide la consolidación de los vínculos que nos hacen sujetos sociales, y en extremo, “cancelan la esperanza y acrecientan las murallas entre los sujetos” (Reguillo, 1996: 25). Si tomamos en cuenta que es en la interacción cotidiana donde nos constituimos como sujetos sociales, es válido afirmar que nuestra exposición (mediatizada o no) a la violencia tendrá consecuencias fácilmente visibles en nuestras relaciones personales. Lo anterior, porque “la violencia es vivida, significada y comprendida a través de diferentes contextos explicativos o comprensivos (...) es entendida en su propio discurrir a través de las percepciones y significaciones atribuidas por quienes la viven” (Hernández, 2002, p. 61). Así mismo, coincidimos con Canary (2003, en Castillo-Rocha y Montero-Mendoza, 2020, p. 259) cuando explica que, en general, las personas que carecen de habilidades comunicativas expresan comportamientos más agresivos y abusivos.

En las relaciones que mantenemos con otros ponemos en escena normas y valores incorporados, encarnados, y manifestamos nuestras posiciones objetivas y subjetivas en el mundo de lo social. ¿Cómo entonces se manifiesta la violencia en nuestro actuar cotidiano? ¿Somos conscientes de que en estas manifestaciones de la violencia somos —o podemos ser— simultáneamente agentes activos y pasivos de la violencia? Compartimos con Estrada que

La violencia representa una modalidad de la totalidad de estructuras o marcos interpretativos que definen un tipo de acción social en particular, de acuerdo con las condiciones objetivas y subjetivas en que son reincorporadas constantemente dentro del ámbito de las relaciones interpersonales cotidianas (Estrada, 2006, p. 89).

Si incorporamos la violencia como algo natural —por, entre otras causas, la labor naturalizadora y legitimadora de los medios—, nuestras interacciones sociales estarán marcadas necesariamente por la violencia, y esa marca nos parecerá normal, común, e incluso la aceptaremos como algo inevitable. Dicho de otra manera, si nos apropiamos, sin poner en duda, de los referentes de sentido transmitidos por los medios como difusores de la violencia, nuestros marcos interpretativos, reguladores de nuestras relaciones sociales, se verán afectados por la violencia en sus múltiples formas y manifestaciones.

Lo anterior se relaciona con la dimensión afectiva-emotiva⁵ de nuestras relaciones. Nos parece interesante retomar aquí lo que el Giro Afectivo (Clough y Halley, 2007) denomina como “emocionalización de la vida pública”, una vida marcada por la violencia y por las experiencias emocionales, sensoriales y afectivas de quienes las transitan.

Desde un marco que justamente retoma al Giro Afectivo, Olvera y Sabido abordan el miedo como una emoción simultáneamente individual y social, “aunque como emoción nace de una percepción derivada de una experiencia personal determinada, sociológicamente se arraiga en

5 En general se considera que la emoción refiere a expresiones culturales y sociales mientras que los afectos son de una naturaleza biológica y fisiológica (Probyn, 2005, p. 11).

un tipo específico de estructuras sociales, modos de vida y marcos de significación” (Olvera y Sabido, 2007, p. 123). Aunque estas páginas no tienen como centro la reflexión sobre el miedo, consideramos que esta emoción ocupa un lugar fundamental en el abordaje de las violencias, siendo uno de los efectos más visibles, duraderos y significativos. Y como ya se ha enunciado, las violencias cotidianas no pueden entenderse si no es enfatizando su naturaleza simultáneamente individual y social.

Desde una mirada centrada en los procesos de construcción de sentido, Maturana afirma que

Para que los miembros de una cultura reflexionen sobre sus conductas violentas se requiere que haya un conflicto en el que emocionar, que genere conductas contradictorias lo suficientemente intensas para que éstos suelten su natural certidumbre sobre lo natural de sus acciones (Maturana, 1997, p. 83).

Las ideas anteriores permiten traer a colación que nuestra subjetividad⁶, y nuestra idea de comunidad, se modifican por las situaciones de violencia a las que estamos expuestos. Asumimos que, si se crea en el marco de las interacciones humanas, la violencia “cobra realidad y se reproduce en la intersubjetividad social (...) se asienta en la existencia y producción de consensos sociales intersubjetivos” (Hernández, 2002, p. 62). Ello hace que la sociabilidad sea uno de los escenarios básicos para el estudio de la violencia cotidiana que los sujetos viven en comunidad. Para Simmel, sólo puede hablarse de sociedad y de sociabilidad “cuando varios individuos entran en acción recíproca a partir de determinados instintos (intereses sensuales, los llama) y fines (intereses ideales), de manera que dicha acción no sólo gesta convivencia, sino mutua influencia” (Simmel, 2014, pp. 102-103).

La idea de comunidad es central para la discusión sobre la violencia cotidiana. Para Bauman (2003, p. 21), la idea moderna de comunidad instaaura “una especie de orden flexible de relaciones en el que la lucha por la libertad se gestiona, paradójicamente, mediante la vigilancia permanente de los propios actos”. Las comunidades, quizás, han dejado de ser espacios de socialización y de construcción colectiva de modos de ser y estar en entornos seguros, para convertirse también en espacios vigilados, y

pueden ser campo de estudio de la manera en que los sujetos integran en su vida cotidiana formas de estar con la violencia, que no son otra cosa más que formas de gestionar la convivencia con los otros a través del prisma de la violencia social (Estrada, 2006, p. 101).

Esta afirmación fortalece el supuesto del que parten las reflexiones que compartimos en estas páginas: la incorporación de la violencia a nuestras vidas cotidianas torna indispensable que los sujetos sean capaces de gestionar esta violencia, o al menos de gestionar las emociones que les producen estas situaciones de violencia vividas directa o indirectamente. Aquí cabe, entonces, plantear algunas interrogantes: ¿Puede la comunicación ser un elemento nodal para esta gestión de la violencia en nuestras interacciones cotidianas? ¿O hasta qué punto la ruptura de los vínculos de confianza y el incremento de la vulnerabilidad de los sujetos hacen que la comunicación, más que ser agente de potenciales soluciones, sea la principal afectada en este entorno de gestión emocional cotidiana de la violencia? Podemos anticipar, al menos, dos posibles respuestas: o bien gestionamos la violencia cotidiana tratando de fortalecer la comu-

6 Entendemos que la subjetividad siempre se construye en interacción con otros. La subjetividad la conforman las experiencias, afectos, creencias y pensamientos que permiten a una persona interpretar de un modo particular su entorno y, de este modo, la subjetividad condiciona las interacciones de los sujetos con el contexto. En este sentido, la subjetividad no se da de forma aislada ni recae en el individuo; se construye simbólica y socialmente en situaciones de interacción, en las que tienen lugar negociaciones de identidades y sentidos. También es sugerente la comprensión de la subjetividad como “la apropiación e interpretación que realizan los actores sociales de las condiciones objetivas del mundo” (Reguillo, 2000, p. 50).

nicación que mantenemos con nuestros contemporáneos, o bien sacrificamos la comunicación con los otros en aras de sentirnos más seguros ante los hechos violentos que percibimos como posibles en todo momento.

Entonces, ¿qué mecanismos echamos a andar para sobrevivir en un entorno violento del que no nos sentimos los principales promotores? Siguiendo a García-Canclini (2002, p. 79), la violencia es parte importante de nuestra adaptación a las estructuras sociales, lo cual hace que sintamos que estas estructuras son impuestas, pues creemos que nosotros no intervenimos en su construcción, y hace que necesariamente nos tengamos que adecuar a ellas para sobrevivir en sociedad.

Es indudable que la violencia es un factor de estructuración de lo social:

En la producción de la violencia es fundamental el sistema sociocultural y por tanto ésta expresa características de la sociedad de donde emerge. Porque la violencia es y se realiza tanto como un proceso social subjetivo (representaciones, significaciones sociales) y objetivo (comportamientos, acciones), manifiesto (hechos) y latente (cultura, estructura), donde la valoración emocional de sus efectos, ya sean visibles o invisibles, pasa a formar parte del proceso (Padilla, 2011, p. 3).

Como puede observarse, la violencia es estructurada por lo social y, a la vez, es estructurante de lo social. A decir de Zizek (2009: 256), la violencia es “el trastorno radical de las relaciones sociales básicas”, por lo que no puede ponerse en duda el efecto de la violencia en nuestras relaciones comunicativas. Es un hecho que aprendemos, y aprehendemos, la violencia en nuestra convivencia cotidiana. Y es un hecho también que experimentamos la violencia, de nosotros hacia nosotros, de nosotros hacia otros y de otros hacia nosotros. Somos, simultáneamente, emisores y receptores de la violencia:

Cuando manifestamos la violencia respecto de nosotros mismos podemos hablar de acciones que tienden a la autodestrucción, adicción, desvaloración con conductas destructivas. Si es hacia los demás: desvalorización del otro, discriminación, amenaza, agresividad, y por supuesto violencia física, entre otras (Barrera, 2008).

La misma autora afirma que “hay comunicación violenta cuando discriminamos por cualquier criterio, racial, religioso, de género, por cuestiones de clase social, o de estatus, de estereotipo de belleza, por cuestiones físicas, de edad o políticas” (Barrera, 2008). Y completa sus reflexiones con la siguiente idea:

Generamos violencia también cuando negamos los sentimientos del otro, cuando no escuchamos lo que tiene para expresar, cuando nos creemos superiores, cuando descalificamos y juzgamos, y a partir de allí le negamos posibilidades. Cuando nos burlamos del otro en su ser, cuando abusamos de nuestra autoridad, de nuestra posición social, cuando no aceptamos al otro, cuando faltamos el respeto, cuando exigimos una determinada conducta, en lugar de hacer pedidos. Cuando creemos que tenemos razón y descalificamos al otro diciendo que no la tiene y cerramos el diálogo. Cuando negamos que la otra persona tiene sus propias necesidades y ponemos las nuestras por encima a cualquier precio (Barrera, 2008).

Todas estas reflexiones confirman que somos seres sociales en constante interacción con la violencia, como víctimas o como victimarios, de forma pasiva o de forma activa, a veces consciente y otras veces inconsciente. Y demuestran que los modos de violencia son diversos y no siempre explícitos o claramente visibles. Hay formas de violencia silenciosa, o sutil, que forjan daño y causan efectos de largo aliento en las personas.

2.3. La intersubjetividad en la relación entre violencia, comunicación y vida cotidiana

La relación entre la intersubjetividad y la comunicación⁷ es, en estas páginas, fundamental. La primera es requisito para la segunda. Y entonces, cabe preguntarnos ¿Cómo puede abordarse la violencia cotidiana bajo la óptica de la comunicación intersubjetiva? En este apartado se plantean algunas ideas que pueden contribuir a tal abordaje. La intersubjetividad constituye la característica fundamental del mundo social. El aquí se define porque se reconoce un allí, donde está el otro con quienes nos relacionamos cotidianamente. Como sujetos, podemos percibir la realidad poniéndonos en el lugar de los otros, y con ello, reconocemos a los otros como análogos, y viceversa, esas otras personas nos reconocen como similares a ellas. Es en la intersubjetividad donde podemos percibir ciertos fenómenos que escapan al conocimiento del yo, pues no podemos percibir nuestra experiencia inmediata pero sí las de los otros, en tanto nos son dadas como aspectos del mundo social.

Siguiendo la mirada de la sociología fenomenológica de Alfred Schütz, entendemos que el mundo del sentido común, el “mundo de la vida”, permite anticipar ciertas conductas para que el sujeto se desarrolle en su entorno. De ahí que la intersubjetividad sea posible. La intersubjetividad implica, como dijimos, poder ponernos en el lugar del otro, a partir de lo que conocemos de ese otro, de lo que vemos en él. Parafraseando a Schütz (1974), el problema de la vida cotidiana se expresa en las relaciones de los actores sociales entre sí y en cómo estos comprenden y constituyen la realidad social. La intersubjetividad es posible porque el mundo del sentido común permite anticipar ciertas conductas de otros para desarrollar la vida social: cuando un sujeto se dirige a otro, presupone que comparte con él ciertos códigos.

Cualquier relación entre personas, incluyendo relaciones marcadas por la violencia, aparecen codificadas por los sujetos interactuantes. En tanto las personas ejecutan acciones cargadas de significados, todas las acciones podemos decir que tienen un sentido; y aunque el sujeto no haya tenido intención de significar algo, su acción puede ser dotada de significado, interpretada por otros. Por tanto, el mundo del sentido común se encuentra tipificado en categorías de significado que permiten reconocer los nuevos fenómenos e incorporarlos a la conciencia del sujeto; una experiencia reconocida como novedosa es aquella para la que no se tienen tipificaciones de significado previas o, cuando se tienen, son erróneas, lo que implica reorganizar estas tipificaciones.

En el caso de la violencia, y bajo esta mirada, entendemos que la relación de violencia tiene que ser percibida como tal por uno o ambos sujetos que participan en el acto supuestamente violento. En otras palabras, aunque un sujeto no tenga la intención de ejecutar un acto violento, éste se da siempre y cuando el otro, o los otros, lo tipifiquen como tal. Para Alfred Schütz (1974), el problema de la vida cotidiana se expresa en las relaciones de los actores sociales entre sí y en cómo comprenden y constituyen la realidad social. El encuentro intersubjetivo es, entonces, la materia prima de la constitución de lo social, pues para ser sujetos sociales necesitamos de los otros, como los otros nos necesitan a nosotros.

La comprensión de y con los otros es, por tanto, una condición para construir y habitar el mundo. Como afirma Schütz,

7 En otros trabajos hemos reflexionado sobre esta relación. Ver Rizo, M. (2008; 2009). La propuesta de Alfred Schütz no es el único marco conceptual adecuado para abordar la articulación entre comunicación y violencia. Se ha elegido dicha propuesta por el potencial explicativo de la noción de intersubjetividad y por la propia naturaleza comunicativa de la construcción de significaciones en el escenario de la vida cotidiana de la que habla el autor. Como cualquier otra selección, existe el riesgo de una mirada sesgada sobre el fenómeno. No obstante, se asume la apuesta del autor en tanto encuadre teórico general que únicamente sirve, en estas páginas, para vincular la intersubjetividad y la comunicación en el abordaje de las violencias experimentadas individual y socialmente.

Al vivir en el mundo, vivimos con otros y para otros, y orientamos nuestras vidas hacia ellos. Al vivenciarlos como otros, como contemporáneos y congéneres, como predecesores y sucesores, al unirnos con ellos en la actividad y el trabajo común, influyendo sobre ellos y recibiendo a nuestra vez su influencia, al hacer todas estas cosas, comprendemos la conducta de los otros y suponemos que ellos comprenden la nuestra (Schütz, 1974, p. 39).

No puede ponerse en duda que la violencia siempre está orientada a otro (incluyendo a uno mismo). Pero sí que podemos dudar del carácter comprendido de los actos, especialmente cuando estamos ante actos violentos. Hasta la interacción más simple de la vida diaria presupone una serie de construcciones de sentido común, en este caso construcciones de la conducta prevista del otro. Por lo tanto, los significados no se hallan en los objetos, sino en las relaciones de los actores entre ellos y con los objetos. Interacciones que no siempre derivan en una mutua comprensión y entendimiento entre sujetos, pese a que a veces las demos por hechas. Así, en el caso de relaciones mediadas por actos violentos, el significado de éstos como violentos viene dado por los interactuantes, generalmente por las víctimas de dichos actos. El significado de la violencia no se halla en el acto violento en sí, sino en la atribución de “violento” por parte de los sujetos afectados (ya sea como emisores o como receptores) en dicho acto.

La propuesta de Schütz no plantea la violencia, como no plantea ningún acto fundamentado en relaciones de poder. Es, hasta cierto punto, una propuesta ingenua e incompleta. Sin embargo, si concebimos a la intersubjetividad como requisito para cualquier situación de interacción, podemos decir que todo acto violento está también fundamentado en la relación de comprensión intersubjetiva entre el o los ejecutantes del acto violento y el o los afectados por dicho acto. Es decir, su idea de intersubjetividad puede realizar aportes importantes para explicar cómo se produce la comprensión del sentido entre sujetos que se encuentran en una determinada situación de interacción marcada por la violencia en sus múltiples formas y manifestaciones.

En el abordaje de la violencia y su relación con el poder, algo omiso en la propuesta de Schütz que retomamos aquí, es importante comprender que las múltiples violencias que presenciamos cotidianamente ponen de manifiesto formas muy diversas del ejercicio del poder. Por ejemplo, la violencia puede ser usada para mantener relaciones de jerarquía entre las personas, pero también puede ser una forma de resistencia o de respuesta ante situaciones de poder. En todos los casos, es central el vínculo comunicativo que se establece en las relaciones violentas.

2.4. La relación cuerpo-emociones en el abordaje de la comunicación violenta

Además de considerar el tema del poder, el abordaje de la comunicación violenta debe tomar en cuenta necesariamente a las emociones. Ya mencionamos anteriormente que al Giro Afectivo le interesan sobre todo los fenómenos relacionados con la emocionalización de la vida pública, y el fenómeno de la violencia no puede omitir cómo se experimentan emocionalmente estos actos, cómo duelen, qué hacen sentir, cómo afectan a quienes los sufren. De ahí que no podamos omitir los aportes de la sociología de las emociones, sobre todo en su relación con la comunicación y con el cuerpo, este último comprendido como dispositivo de regulación emocional y, simultáneamente, como vehículo para la comunicación humana.

Pero antes, es sugerente revisar mínimamente una propuesta que parte, precisamente, del papel de lo emocional en el logro de relaciones de comunicación no violenta. Nos referimos a los aportes de Marshall Rosenberg (2013), quien elaboró un programa que, desde el reconocimiento de las emociones, plantea modos de interacción comunicativa no violenta; y lo sintetizó en cuatro pasos básicos: observar sin evaluar ni emitir juicios; identificar y reconocer el origen de los sentimientos, emociones y necesidades; expresar con claridad los sentimientos

y necesidades propias; y, por último, saber pedir específicamente lo que se quiere para satisfacer las necesidades detectadas. Como vemos, en esta propuesta se hace patente la necesidad de pensar la relación entre comunicación y violencia a partir de su relación con lo emocional y lo afectivo. De ahí que recuperemos parte de los aportes de la sociología de las emociones.

Hace más de cien años, el psicólogo y filósofo William James (1884) se preguntó acerca del significado de las emociones. Unas décadas más tarde, el psicólogo social Wilhelm Wundt, en *Elementos de psicología de los pueblos* (1926), concibió a las emociones como un aspecto de la vida anímica o mental inextricablemente relacionado con la experiencia de los procesos innervadores y los movimientos de expresión corporal. Las comprendió, por tanto, como elementos vinculados necesariamente con la comunicación.

Las emociones han sido objeto de estudio, sobre todo, de la psicología y la sociología. Y la comunicación, como materia prima de los comportamientos y relaciones entre seres humanos, debe ser tomada en cuenta en cualquier reflexión sobre la emocionalidad humana. Como afirma Izquierdo (2000: 130), “las emociones juegan un importante papel en la regulación de los contactos, la estructuración de las relaciones y en la comprensión de los mensajes que informan sobre las cosas y los hechos”.

La perspectiva del Giro Afectivo en Ciencias Sociales (Clough y Halley, 2007) sugiere comprender a las emociones como un problema fundamentalmente sociológico, pero sin negar su naturaleza biológica. Así, las emociones no pueden ser concebidas sólo como accesorias de lo humano, sino que hay que entenderlas articuladas a las experiencias corporales de los sujetos.

El abordaje de las experiencias emocionales presenta dos enfoques básicos: el naturalista positivista, por un lado, y el constructivista e interaccionista simbólico, por el otro. En este sentido, y por la naturaleza del enfoque adoptado en estas páginas, interesa hacer más énfasis en esta segunda perspectiva, cuyo eje central se encuentra, entre otros, en la articulación entre el carácter construido de las emociones y la concepción de éstas como conglomerado de sentimientos que se activan como respuesta a un acontecimiento particular. P

La sociología de las emociones cuenta con un bagaje de más de cuatro décadas (Bericat, 2016), aunque previamente hubo acercamientos dispersos a la dimensión emocional y afectiva de la vida social. Para Bericat (2000), uno de los principales logros de la sociología de las emociones es que “abre un importante horizonte de estudio social, necesario también para el desarrollo de metateorías sociológicas que subsanen el sesgo racionalista que afecta a casi todas ellas” (Bericat, 2000, p. 149). Las emociones humanas se nutren y tienen sentido en el marco de nuestras relaciones sociales, por lo que la naturaleza de las emociones está condicionada por la naturaleza de la situación social en la que las personas sienten.

La relación entre cuerpo y emociones no puede comprenderse sin poner en el centro a la dimensión sensorial de la vida humana. Los sentidos median en la relación entre la idea y el objeto, la mente y el cuerpo, el yo y la sociedad, la cultura y el medio ambiente (Howes, 2014, p. 21). Como los cuerpos, las emociones son siempre situadas, es decir, aunque se expresan individualmente están siempre moldeadas y condicionadas por la cultura. Por tanto, para las miradas socioculturales, las emociones están presentes en las disposiciones corporales, y se relacionan con discursos social y culturalmente contruidos.

La comunicación humana está influenciada por la percepción -es decir, por las imágenes que nos hacemos de nosotros, de los otros y de nuestro entorno-, los valores y creencias, los aspectos sociales y culturales, y el estado de ánimo de cada persona. Lo anterior, porque nuestro estado anímico (nuestra expresión y experiencia emocional), condiciona nuestras relaciones con los otros en el mundo de la vida cotidiana, condiciona o determina nuestros miedos, nuestro cansancio, nuestras ansiedades, nuestras depresiones. Y también condiciona los actos violentos.

La tríada cuerpo-comunicación-emociones tiene potencial heurístico para complejizar la reflexión sobre la violencia mediada y no mediada y su papel en nuestras interacciones y sentires cotidianos, en nuestros modos de incorporar, de hacer cuerpo, la violencia que cotidianamente vivimos, de forma directa o no.

En este sentido, y sin que ello signifique minimizar el carácter estructural de las violencias, interesa aquí poner el énfasis en los modos como las personas las experimentan, las perciben, las sienten en sus cuerpos, y con base en esas experiencias y vivencias, las narran.

3. Conclusiones. Notas sueltas y nuevas preguntas sobre emocionalidad, violencia y comunicación

Como hemos visto, las múltiples relaciones entre la comunicación -interpersonal o mediada- y la violencia no pueden omitir la dimensión afectiva-emocional que define a los sujetos sociales. Entendemos que la comunicación cara a cara, la unidad mínima de comunicación entre sujetos sociales, es intrínseca a cualquier acto humano, sea éste violento o no. En la medida en que somos capaces de significar un acto como violento, y podemos anticipar la conducta de otros a quienes atribuimos una actitud violenta, nuestras interacciones pueden verse truncadas en la vida cotidiana. La vivencia de la violencia, por tanto, debilita nuestra comunicación.

La vida cotidiana es, sin duda, escenario habitual de múltiples violencias, muchas de ellas mediadas por las relaciones de poder que estructuran nuestras interacciones. Mediadas o directas, vividas en nuestra propia piel o bien observadas a través de narrativas mediáticas o interpersonales, las violencias nos hacen más débiles desde el punto de vista comunicativo. Dicho de otro modo, ejercer un acto violento, o ser víctima de él, reduce la efectividad de nuestros vínculos con los demás, y en ocasiones facilita que se sustituyan la comprensión y el entendimiento por la imposición, la verticalidad y, en el peor de los casos, el silencio. En estos vínculos debilitados, muchas veces la emoción del miedo aparece con fuerza, y esa sensación de miedo al otro genera pérdida de confianza, hacia ese otro y hacia el entorno en general.

La comunicación no es solo un proceso de intercambio de información marcado o determinado por la racionalidad de quienes se comunican. Es, también, un proceso afectivo-emocional. Las emociones son comunicables, se expresan a través de la palabra -oral o escrita- y de los movimientos del cuerpo, y en tanto construcciones socioculturales, muchas veces participan del establecimiento de relaciones de poder entre los comunicantes, en el sentido que la vinculación emocional puede estar condicionada por sentidos de pertenencia, pero también por la exclusión y el conflicto.

Así, la comunicación puede ser violenta, o, dicho de otro modo, la violencia se comunica y está mediada por emociones. No solo hablamos, como ya quedó claro en el texto, de violencia física, que es quizás la más perceptible; hacemos eco, también, de formas de violencia de orden verbal, emocional o simbólica. En todas estas manifestaciones de la violencia, la comunicación es a la vez canal, medio y producto, pues no sólo se erige como el vehículo a través del cual se reproduce la violencia, sino que además permite que se normalicen emociones negativas como el miedo o el odio, resultantes de las violencias que experimentamos. En este escenario, los medios de comunicación tienen un papel importante en la difusión de la violencia y en la generación de vínculos comunicativos particulares en el espacio de la vida cotidiana.

Seguir discutiendo las articulaciones entre comunicación y violencia sienta bases para comprender y complejizar los análisis de las relaciones humanas en las sociedades contemporáneas. Relaciones que, en gran medida, están condicionadas por dinámicas de poder, por relaciones verticales y por silenciamientos o invisibilización de ciertos grupos sociales sobre los que recaen más a menudo los actos violentos.

4. Referencias

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. UNAM.
- Arendt, H. (1987). *Los orígenes del totalitarismo: antisemitismo*. Alianza
- Barrera, L. (2008). "Comunicación y violencia en la convivencia cotidiana". *Blog Comunicándonos mejor*.
- Bauman, Z. (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Siglo XXI.
- Bericat, E. (2000). La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers. Revista de Sociologia*, (62), 145-176. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v62n0.1070>
- Bericat, E. (2016). The sociology of emotions: Four decades of progress. *Current Sociology*, 64(3), 491-513. <https://doi.org/10.1177%2F0011392115588355>
- Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones Pascalianas*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Castillo-Rocha, C., & Montero-Mendoza, M. (2020). Comunicación no violenta en situación de conflictos interpersonales: diseño de una escala reflexiva. *Revista de Paz y Conflictos*, 13(1), 255-274. <https://doi.org/10.30827/revpaz.v13i1.14082>
- Canary, D. J. (2003). Managing interpersonal conflict: a model of events related to strategic choices. En Greene y Burleson (eds.) *Handbook of communication and social interaction skills* (pp. 515-549). Routledge.
- Ceballos, M. (2008). Las emotividades sociales y los medios de comunicación. *Pensamiento y cultura*, 11(2), 263-275. <https://pensamientoycultura.unisabana.edu.co/index.php/pyc/article/view/1208>
- Clough, P., & Halley, J. (Eds.). (2007). *The affective turn: Theorizing the social*. Duke University Press Books.
- Dammert, L. (2005). Violencia, miedos y medios de comunicación: desafíos y oportunidades. En M. Cerbino (ed.). *La violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana* (pp. 51-72). FLACSO.
- Estrada, C. O. M. (2006). *Formas de estar con la violencia. La violencia como factor de estructuración social*. [Tesis de la Maestría en Comunicación de la Ciencia y la Cultura, Área de Concentración en Estudios Socioculturales. ITESO].
- García-Canclini, N. (2002). *Culturas populares en el capitalismo*. Grijalbo.
- Hernández, T. (2002). Des-cubriendo la violencia. En R. Briceño-León (comp.). *Violencia, sociedad y justicia en América Latina* (p. 56-75). CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/12182/1/BricenoViolencia.pdf>
- Hjarvard, S. (2016). Mediatización: La lógica mediática de las dinámicas cambiantes de la interacción social. *La Trama de la Comunicación*, 20(1), 235-252. <https://www.redalyc.org/pdf/3239/323944778013.pdf>
- Howes, D. (2014). El creciente campo de los estudios sensoriales. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 6(15), 10-26. <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/319>
- Izquierdo, C. (2000). Comunicación interpersonal y crecimiento emocional en centros educativos: un modelo interpretativo. *Educación*, 26, 127-149. <https://doi.org/10.5565/rev/educar.277>



- James, W. (1884). What is an emotion? *Mind*, 9(34), 188-205. <https://www.jstor.org/stable/2246769>
- Maturana, H. (1997). *Violencia en sus distintos ámbitos de expresión*. Dolmen.
- Olvera, M., & Sabido, O. (2007). Un marco de análisis sociológico de los miedos modernos: vejez, enfermedad y muerte. *Sociológica* (México), 22(64), 119-149. <https://sociologicamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/211>
- Padilla, A. (2011). Reflexiones en torno a una psico-sociología de la violencia, cultura y educación. *Versión. Estudios de Comunicación y Política*, 28. <https://versionojs.xoc.uam.mx/index.php/version/article/view/474>
- Probyn, E. (2005). *Blush: Faces of Shame*. University of Minnesota Press.
- Quesada, M. (2000). Violencia mediática y reacción social. *Revista Latina de Comunicación Social*, 3(26). <https://www.redalyc.org/pdf/819/81932603.pdf>
- Reguillo, R. (1996). Ensayo(s) sobre la(s) violencia(s): breve agenda para la discusión. *Signo y pensamiento*, 15(29), 23-30. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/signoypensamiento/article/view/3068>
- Reguillo, R. (2000). Anclajes y mediaciones de sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo. *Revista Universidad de Guadalajara*, Dossier “Investigación cualitativa en Salud”. Universidad de Guadalajara.
- Rizo, M. (2008). La sociología fenomenológica como fuente científica histórica de una Comunicología posible. En J. Galindo (Coord.) (2008). *Comunicación, ciencia e historia. Fuentes científicas históricas hacia una comunicología posible* (pp. 43-107). McGraw-Hill Interamericana.
- Rizo, M. (2009). Sociología fenomenológica y Comunicología histórica. La Sociología Fenomenológica y sus aportaciones al pensamiento en comunicación. *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, 4, 75-111. <https://revistas.ucm.es/index.php/MESO/article/view/MESO0909120075A/21206>
- Rosenberg, M. B. (2013). *Comunicación no violenta. Un lenguaje de la vida*. Gran Aldea Editores.
- Schütz, Alfred (1974). *El problema de la realidad social*. Amorrortu.
- Schütz, A., & Luckmann, Th. (1977). *La estructura del mundo de vida*. Amorrortu.
- Simmel, G. (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Fondo de Cultura Económica.
- Wundt, W. (1926). *Elementos de psicología de los pueblos. Bosquejo de una historia de la evolución psicológica de la humanidad*. Daniel Jorro.
- Zizek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Paidós.